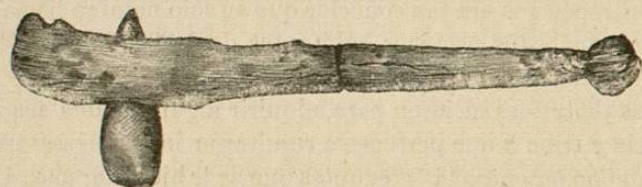


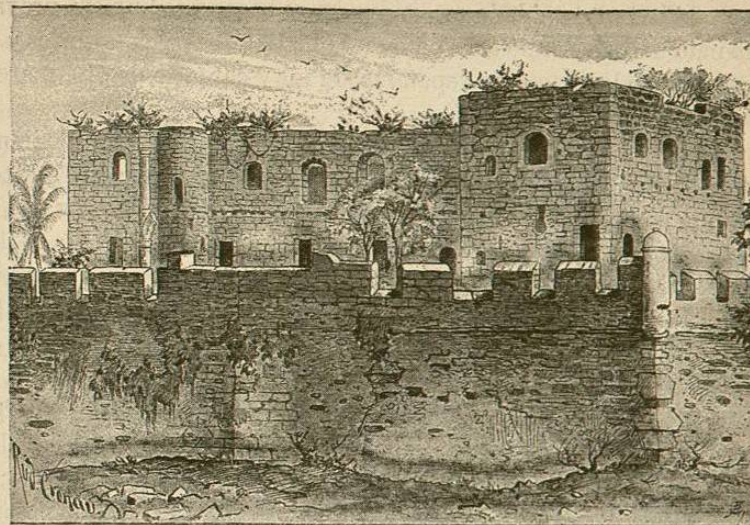
tar de defenderse, dió á uno de los indígenas un tremendo golpe de sable en ambos pies, hiriendo además gravemente á otro en el pecho, en vista de lo cual refugiáronse los demás entre la espesura del bosque.

A pesar de este encuentro tuvo lugar al día siguiente una negociación entre unos y otros, y un cacique, no sólo envió un cinturón Wampum hecho de conchas pequeñas, que, como ya hemos dicho, era un símbolo sagrado de paz en gran parte de la América del Norte, sino que fué también á bordo de las carabelas con tres acompañantes para expresar sus propósitos de paz.

Colón permaneció aún algunos días en aquel precioso golfo, cuyas costas estaban cubiertas de bosque, dándole el nombre de *Golfo de las Flechas*, en recuerdo del primer combate con los indígenas; pero después que por algunos indios adquirió noticias de una gran isla situada al Este, y pudo conseguir que los indígenas le sirviesen de guías, levó anclas en la madrugada del 16 de enero para visitar la isla de los Caribes, así como también la de Mantinino, el misterioso país de las Amazonas. Si Colón hubiera seguido las indicaciones de sus guías, hubiese llegado entonces á las costas de Puerto Rico; pero un viento sumamente favorable para el regreso á España hízole desistir de su propósito, y desplegando todas las velas hizo rumbo hacia su patria.



Maza de piedra de los primitivos habitantes de las islas Occidentales, hallada en una caverna de las islas de Turk



Ruinas del Palacio de Colón en Santo Domingo (Dibujado del natural por R. Cronau)

EL REGRESO

No fué sólo el viento favorable el que indujo á Colón á emprender, sin detenerse más, su regreso á España, sino sobre todo el mal estado de los barcos, que hacían tanta agua que diariamente tenía que emplear bastantes horas la tripulación en extraerla, cosa que preocupaba seriamente al Almirante. Colón creía que los armadores eran los responsables por haber empleado malas maderas en la construcción de las carabelas, pues no conocía aún á los verdaderos autores del daño ó sean esos gusanillos que se encuentran en las aguas de las Indias Occidentales y que se introducen por la más leve grieta ó intersticio en los barcos y los carcomen de tal modo, que más de uno se ha desvencijado y deshecho por completo desapareciendo entre las olas.

En las carabelas de Colón habían hecho tan terribles estragos, que el agua que en ellas entraba apenas podía desalojarse, por cuya causa indecible angustia oprimía el corazón del Almirante, mucho más al ver que el viento favorable que llevaban había cesado y que además la travesía tenía que prolongarse á causa de *La Niña*, cuyo palo mayor estaba tan deteriorado que sólo podía soportar algunas velas y apenas seguir al otro barco, teniendo que perder muchas horas esperando que les diera alcance. Presa del mayor mal humor, dice Colón muchas veces: «Si este capitán

hubiese tenido tanto cuidado en conservar su barco y se hubiera provisto de otro palo mayor, siendo así que ha tenido á su disposición tantos y tan hermosos, como lo tuvo para separarse de mí y cargarlo de oro, marcharíamos bien.»

Los días y las semanas transcurrían de este modo sin poder adelantar apenas nada; además de esto, el 13 de febrero les alcanzó una terrible tempestad, que no sólo duró todo el día, sino también el siguiente, y que por poco les echa á pique los barcos. Sobre todo en la mañana del día 14 llegó á alcanzar tal fuerza el temporal, que todos creían llegada su última hora. Las olas alcanzaban la altura de montañas precipitándose sobre los barcos é inundándolos con su espuma, y era tal la violencia del viento que apenas podían permanecer sobre cubierta.

Perdieron completamente de vista á *La Pinta*, no volviendo a verla en todo el trascurso del viaje. Hacia la puesta del sol aumentó el furor de la tormenta, como si el mar estuviera removido hasta lo más profundo; nadie creyó ver la luz del nuevo día. En esta ansiedad trataron de ganar el amparo del cielo haciendo piadosos votos, y Colón mandó echar suertes para ver quién de ellos emprendería una peregrinación á Santa María de Guadalupe. La suerte le favoreció á él, pues sacó la judía marcada con una cruz, ofreciendo ir al citado punto como peregrino y costear para siempre una vela de cera de cinco libras.

Decidieron aún sortear por segunda y tercera vez para enviar un peregrino á Nuestra Señora de Loreto, en Italia, y á Santa Clara de Moguer, en España. La segunda suerte le tocó al marinero Pedro de Villa, y la tercera otra vez á Colón, que ofreció además, con toda su gente, que á la primera iglesia que vieran irían en procesión descalzos y en camisa implorando á la Madre de Dios.

Pero el cielo parecía sordo á estos ruegos y la violencia del huracán no cedía; así es que cada uno en su aflicción hacía votos particulares, además de los ya mencionados, pues todos creían segura la muerte.

«El mayor abatimiento y angustia, escribe Colón más tarde, se apoderaron de mí con toda su fuerza; con gran tristeza y ansiedad pensaba en mis dos hijos que se hallaban en Córdoba. ¿Qué sería de ellos en el caso de mi fallecimiento, huérfanos de padre y madre en tierra extranjera? El Rey y la Reina, en caso de nuestro fin, no tienen conocimiento alguno de los servicios que les he prestado, lo mismo á ellos que á su país; no saben las buenas é importantes noticias que les traigo, y por consiguiente no tienen deber alguno que cumplir con los hijos del supuesto aventurero.»

Martirizado por estos cuidados, buscó Colón un medio para que llegasen á conocimiento de los soberanos españoles, en el caso de la pérdida

total de las carabelas y sus tripulantes, la importancia de sus descubrimientos; por lo cual, mientras rujía el huracán, escribió una corta Memoria acerca de su viaje, la cual Memoria terminaba rogando al que la hallase la hiciera llegar á manos de los Reyes. Esta Memoria, escrita sobre pergamino, la lió en un pedazo de lienzo encerado, que envolvió dentro de una bola de cera, metiendo todo ello en un sólido cajoncillo de madera que tiró al mar, con la esperanza de que el viento y las olas lo conducirían á playas amigas.

Otra segunda Memoria semejante á la primera, y empaquetada del mismo modo, la puso sobre la cubierta del barco, para que, en el caso de sumergirse éste, fuese también arrastrada por las olas.

Por fin, al anochecer del día 14 cedió algo la violencia del temporal, y al amanecer del siguiente divisaron tierra, en la cual creyeron ver unos la isla de Madera y otros los peñascos de Cintra, cerca de Lisboa.

Tres días enteros tardaron aún en alcanzarla, y por fin el 18 de febrero llegaron á un sitio á propósito para el desembarque, en la costa Norte de la isla, mandando una chalupa á tierra, cuya tripulación supo por los habitantes de ella que se llamaba la isla de Santa María y que era la que estaba situada más al Sudeste del grupo de las Azores, ocupadas por los portugueses.

Desgraciadamente, esta isla no estaba llamada á mostrarse hospitalaria con los pobres navegantes, sino que, por el contrario, apenas salvados de la muerte tenían que ser víctimas de la traición más negra como primer saludo de la Patria.

Al anochecer del mismo día en que llegaron fueron tres hombres á bordo trayéndoles de parte del gobernador de la isla gallinas y pan tierno, añadiendo que aquella autoridad, llamada Juan de Castañeda, que conocía mucho al Almirante, iría á visitarle al día siguiente llevándole más provisiones. Colón, engañado por estas muestras de simpatía, colmó de atenciones á los mensajeros, ordenando, cuando supo que había en las inmediaciones una capilla, que á la mañana siguiente la mitad de la tripulación, en cumplimiento del voto solemne que habían hecho, fuese á visitarla en peregrinación, y que á su vuelta iría él acompañado del resto de sus gentes.

En efecto, á la mañana siguiente los designados, descalzos y en camisa, dirigiéronse á la pequeña capilla; pero, cuando más descuidados estaban orando, cayeron sobre ellos los habitantes de la isla, á cuya cabeza iba el gobernador, maniatándolos y conduciéndolos á la cárcel.

Colón, entretanto, esperaba inútilmente el regreso de sus tripulantes para emprender á su vez la peregrinación.

Cansado ya, levó anclas y se encaminó directamente al sitio donde es-

taba la capilla no lejos de la costa, y entonces comprendió la traición de que habían sido víctimas, al ver que una multitud de hombres armados se apeaban de sus caballos, y aprovechando la abandonada chalupa de los marineros de Colón se acomodaban en ella dirigiéndose al barco del Almirante, con intenciones, á no dudar, hostiles. Recelando Colón que aquel acto pudiera ser una nueva explosión de las antiguas y nunca extinguidas contiendas entre España y Portugal, ordenó á su tripulación que se armara y preparara á defenderse en caso de ataque.

Pero la chalupa acercóse tan sólo hasta ponerse al habla, y entonces entablóse un fuerte altercado entre el gobernador y el Almirante, pues el primero aseguraba haber obrado de aquella manera por mandato del rey de Portugal. Es probable que el propósito del gobernador fuese apoderarse por fuerza del barco de Colón, y que al ver que éste tenía aún suficiente número de hombres para defenderle desistiese de ello, mucho más cuando oyó decir al Almirante que no descansaría hasta hacer prisioneros á algunos centenares de portugueses y concluir con todos los habitantes de la isla.

Una nueva tormenta puso término por el pronto á aquella desagradable conferencia, y mientras la chalupa volvía á tierra, desplegó velas Colón para alcanzar la alta mar y huir, por lo tanto, de aquella isla peligrosa.

Hasta el 22 del mismo mes no volvió á acercarse al sitio donde había anclado en la isla por primera vez, divisando desde lejos sobre una peña á un hombre que hacía señas con su capa para que el barco no siguiera más adelante. No tardó en aparecer también la chalupa, en la cual iban un clérigo y un notario, que deseaban ver los plenos poderes que tenía Colón de los Reyes de España, por mandato de los cuales había emprendido su viaje. Luego que el Almirante les hubo mostrado dichos documentos diéronse por satisfechos, y viendo que nada de esto les reportaba ganancia alguna, pusieron en libertad á los marineros tan traidoramente sorprendidos. Por ellos supo Colón que, si le hubiera sido posible al gobernador cogerle á él prisionero, no hubiera recobrado probablemente nunca la libertad, pues había declarado con gran firmeza que estaba autorizado por el Rey para dar este paso.

Colón abandonó la inhospitalaria isla el 24 de febrero, pero tuvo que continuar luchando con fuertes borrascas, una de las cuales hizo jirones el día 3 de marzo todas las velas, poniendo al barco en tan inminente peligro que otra vez volvieron á hacer votos y sortear cuál de ellos iría en peregrinación á Santa María de Huelva, tocando la suerte otra vez á Colón.

Felizmente aplacóse á la mañana siguiente el temporal; al mismo



Isabel la Católica

tiempo divisaron tierra, y pocas horas después entraban en la embocadura del Tajo, desde cuya orilla habían los habitantes visto al barco luchando con las olas y rogado á Dios por él. Todos se asombraban de la suerte que había tenido de salir con bien de aquel huracán tremendo, que no sólo había arrastrado gran parte de la ciudad de Cascae, situada cerca de la embocadura del río, sino que también había echado á pique gran número de barcos.

Desde la ciudad de Rastello, á la cual llegaron por la tarde, envió Colón un correo á los Reyes de España para darles cuenta de su feliz regreso y de sus descubrimientos: dirigió también una carta al soberano de Portugal, que se hallaba á la sazón en Valparaíso, nueve leguas distante de allí, pidiéndole permiso para entrar en el puerto de Lisboa, y advirtiéndole al mismo tiempo que no procedía de Guinea ni de ninguna otra posesión portuguesa, sino directamente de la India y Cipangu, á cuyos países había llegado haciendo una travesía por Occidente.

La noticia de haber llegado una carabela con cargamento de oro, y conduciendo hombres, animales, plantas y productos hasta entonces desconocidos, recorrió como una exhalación todo el país, y un gentío inmenso, así noble como plebeyo, corría atropelladamente para ver al descubridor y al barco y su cargamento. Desde por la mañana hasta la noche acudía una muchedumbre ansiosa á bordo de la carabela, y el río se veía cuajado de botes de todas clases llenos de curiosos.

El 8 de marzo recibió Colón una invitación del Rey de Portugal para que fuera á visitarle, y en la audiencia que tuvo lugar al día siguiente fué recibido con gran amabilidad y con toda clase de honores. El Rey le dijo que el éxito del viaje le alegraba extraordinariamente, pero que no podía desear la idea de que los países descubiertos debían pertenecerle á él con arreglo á los contratos que tenía hechos con España y las repetidas donaciones del Papa. Colón contestó que no conocía tales contratos, pero que se había ceñido estrictamente á las indicaciones de sus soberanos, de no ir ni á Guinea, ni á ninguna otra posesión portuguesa. Probablemente el grandioso éxito del viaje no había sido muy agradable para los portugueses, mucho más cuando en otro tiempo habían sido rechazadas las ofertas de Colón; y hasta algunos cortesanos creyeron sería del agrado del Rey que comprometiesen al genovés en alguna pendencia, en la cual hallasen el medio de matarlo, para de ese modo echar por tierra todo el mérito de sus descubrimientos. Pero el rey Juan rechazó tales intenciones y se despidió de Colón colmándole de mercedes, y diciendo que abrigaba la esperanza de que se arreglaría aquel asunto pacíficamente entre él y los Reyes de España.

El 11 de marzo despidióse Colón por segunda vez de la Corte portu-



Fernando el Católico

guesa; el día 13, después de haber hecho una corta visita á la Reina, levó anclas, y el 15 de marzo de 1493 entró, á eso del medio día, en el mismo puerto de que había salido el 3 de agosto del año anterior. El regreso del barco produjo, como se comprenderá, la más extraordinaria agitación en la ciudad de Palos, pues apenas había una familia que no tuviese algún pariente entre la tripulación de las carabelas. Todos los comercios se cerraron en señal de júbilo, y entre el continuo repique de las campanas, y rodeado de la multitud que le aclamaba con entusiasmo, se dirigió el dichoso descubridor, por todos felicitado, á la iglesia, seguido de su tripulación, para dar ante todo gracias al Todopoderoso, que había guiado y protegido la expedición tan milagrosamente.

En Palos supo el Almirante que la corte se hallaba en Barcelona, y envió allí un mensajero para que diera la noticia de su feliz desembarque en la madre patria. Poco después púsose él en camino, acompañado de sus fieles y de seis indios, para ir por tierra á ver á los Reyes y darles cuenta de su viaje.

Una extraña disposición del destino quiso que aquel mismo día al anochecer llegase también á Palos *La Pinta*. Esta había sido arrojada por las borrascas hasta el golfo de Vizcaya, pudiendo llegar por fin al puerto de Bayona con felicidad. Desde allí envió correos extraordinarios Martín Alonso Pinzón, capitán de *La Pinta*, para rogar á los Reyes de España, creyendo que el Almirante y su barco se habían ido á pique, le diesen permiso para presentarse en la corte. Pero como entretanto habían llegado ya á la misma los mensajeros de Colón, les contestaron que sólo podía presentarse formando parte del séquito de su Almirante; la cual contestación irritó tanto al ambicioso capitán, que se hallaba á la sazón algo enfermo, que murió poco después.

Colón, por el contrario, prosiguió en un continuo triunfo su viaje desde Sevilla á Barcelona. Por cuantas partes pasaba afluía la multitud ávida de contemplar al intrépido descubridor y á los indios y riquezas que le acompañaban. Sobre todo, su entrada en Barcelona pareció enteramente la entrada triunfal de un antiguo conquistador. Los heraldos abrían la marcha de la abigarrada caravana, á la que daban escolta centenares de nobles á caballo; en pos de los heraldos seguían los indios, ricamente adornados y con fantásticas pinturas por todo el cuerpo, cargados con grandes trozos de oro y varios objetos de adorno hechos del mismo metal. A los indios acompañaban otras personas que conducían papagayos vivos de chillones colores, así como otros pájaros de pintado plumaje, y además ricas especias, plantas y maderas finas. Seguían después gentes que llevaban una verdadera riqueza en coronas, máscaras, discos y otros adornos de oro y piedras preciosas. Por último, cerraba la

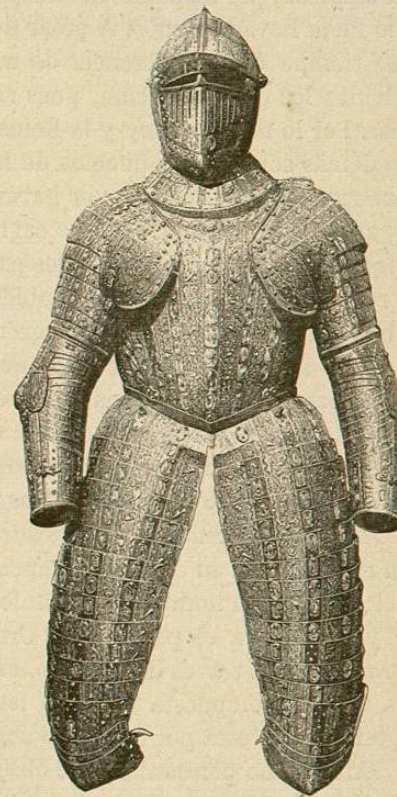
marcha Cristóbal Colón, rodeado de la flor y nata de la caballería española.

A fin de recibir al Almirante con las mayores distinciones habían ordenado los Reyes levantar en una explanada un magnífico dosel de brocado de oro, y allí, rodeados de todo lo más brillante de su corte, esperaban la llegada del descubridor. Y cuando Colón entró en la regia tienda, se levantaron los soberanos y recibieron á aquel que hacía un año no sabía donde reclinar su cabeza, como á una persona del más alto rango. Cuando Colón se arrodilló para besarles la mano mandáronle inmediatamente que se levantara y sentase, distinción que era tenida entonces en España como la más grande.

A las preguntas de los Reyes contestó Colón haciendo un sucinto relato de sus travesías, que completó presentando los hombres, plantas, metales y animales que había traído consigo, y añadiendo, con razón, que tales presentes eran sólo una débil muestra de las innumerables riquezas que atesoraban los nuevos países descubiertos.

Cuando hubo terminado Colón su relato, cayeron los Reyes de rodillas para dar gracias al cielo por la gran merced que les había concedido. Todos los presentes imitaron su ejemplo, el coro de la Catedral entonó el *Te Deum laudamus* acompañado por las trompetas y bocinas, y en toda la gran explanada no se oía más que piadosos rezos y alabanzas al Señor.

El místico entusiasmo de que se hallaba poseído Colón dalo á conocer mejor que nada el final de una carta que éste dirigió á Rafael Sánchez, tesorero del Rey, y que dice así: «Por más que lo que digo es extraordinario y nunca oído, no dudo que hubiese alcanzado éxito mucho mayor si hubiera tenido la cantidad de barcos necesarios á una empresa semejante. El que ésta haya dado resultados tan magníficos y sorprendentes se



Armadura de Cristóbal Colón

debe menos á mí que á la Santa Fe Romana y á la piedad de nuestros Monarcas. Porque el Señor me ha concedido á mí lo que no ha pasado por la imaginación de ningún hombre, pues Dios escucha algunas veces los ruegos de sus siervos que cumplen sus mandamientos, concediéndoles mercedes que parecen imposibles. Por eso dióle también feliz término á mi empresa, por más que no hubiese pasado por pensamiento humano que fuera llevada á cabo. A pesar de que se había hablado ya desde mucho tiempo de la existencia de aquellas islas, eran sólo conjeturas y cálculos los que se hacían, pues se tenía por fábula lo concerniente á ellas. Por lo tanto, el Rey y la Reina y sus bendecidos Estados, así como los demás soberanos y pueblos de la cristiandad, deben darle gracias á Nuestro Señor Jesucristo por habernos concedido esta victoria. Que se organicen procesiones y fiestas sagradas, y que se adornen los templos é iglesias con flores y ramas verdes para que se alegre Jesucristo al ver que el reino de Dios se extiende también á aquellos pueblos, cuyas almas estaban perdidas hasta ahora. Alegrémonos y regocijémonos también nosotros, no sólo por haber llevado nuestra fe hasta aquellos países, sino por la riqueza de bienes terrenales, cuyos beneficios, no sólo serán de España, sino que se extenderán por toda la Cristiandad en el porvenir.»

Si ya Colón, en su religioso arrobamiento, tenía antes la persuasión de ser el instrumento elegido por Dios para llevar á aquellos remotos países el Cristianismo, esta creencia se afirmó más y más en su corazón en vista del resultado de su empresa. Empezó por expresar este convencimiento, diciendo que su nombre de Cristóforo estaba relacionado con el de Cristo, y que él era el portador de Cristo designado por Dios para llevar la verdadera fe á través del Océano. En todas sus cartas estampaba una firma mística compuesta de siete letras separadas de su nombre, y cuyo significado no está por completo aclarado todavía (1).

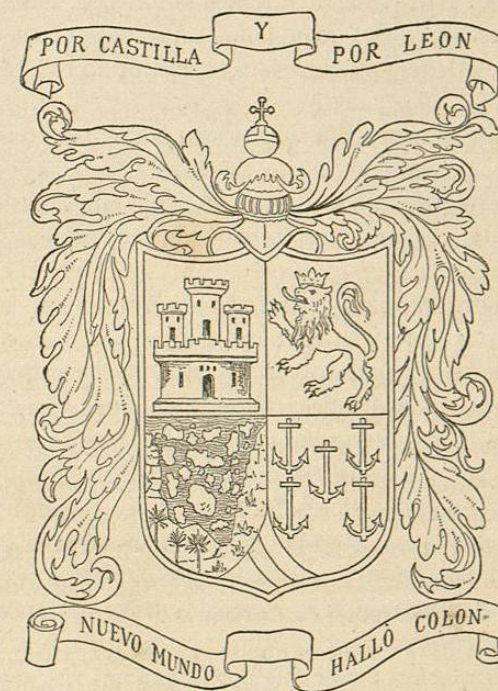
Este mismo pensamiento se observa en la carta de América diseñada en el año de 1500 por Juan de la Casa, timonel de Colón, en la que se ve á San Cristóbal llevando en brazos al Niño Jesús á través del Océano. La cabeza del santo parece ser un retrato del Almirante, pues tiene algún parecido con los de éste reproducidos por nosotros en las páginas anteriores.

Durante la permanencia de Colón en la corte de España no cesó de verse colmado de mercedes, y con fecha 28 de mayo, no tan sólo le fueron renovados los privilegios que le habían concedido antes de emprender su

(1) Véase la página 243, donde, además del facsímile de la firma del descubridor, consignamos las varias explicaciones que acerca de ella han dado algunos hombres eminentes.

viaje, sino que le concedieron también el uso de un escudo dividido en cuatro cuarteles, los dos superiores con las armas de León y Castilla, y los inferiores, en el uno cinco áncoras, como emblema de su dignidad de Almirante, y en el otro gran número de islas doradas sobre fondo azul figurando las olas del mar, como símbolo de los descubrimientos que había realizado.

La inscripción que se ve en las ondulantes cintas, y que dice: *Por Castilla y por León Nuevo Mundo halló Colón*, fué añadida más tarde, después de su muerte.



Escudo de Colón